

tación, habilitada de Secretaría, y buscó un momento sin resultado alguno; mandó al secretario que le leyera la solicitud de aquellos «badulaques» «niños sabios»; lo hizo éste con voz temblona, y el Alcalde se dió cuenta. No había salida. El artículo que mencionaban los firmantes—le leyó, por primera vez—les autorizaba libremente para celebrar reuniones políticas. El Alcalde—por él el estúpido de Leoncio—y le miró fiero—había acusado recibo. No había salida.

¿Y hacer una alcaldada?

VII

La reunión se celebraría aquella noche. Aguilares transmitiendo á ésta su fuego, ardía de entusiasmo en casa de su amante. Se veía en la sala, llena, desbordantes los corazones de fe en la Nueva Porvenir que él anunciaría clara, bellamente, convenciendo con la sola enunciación de su credo, sin acudir al relumbrón de la retórica de que tanto abusan los falsos apóstoles, los vividores de la política—de cualquier política—aquellos señorones que mendigan rastreramente el sufragio para bullir, pactar lejos de la miseria de sus electores, enriquecerse y conquistar nombre.

Y en alas de su optimismo llegaba á soñar con un pueblo, aquél, emancipado de la férula de poderes y trabas legales, sin autoridad, regido espontáneamente por el Amor y el Bien, trabajando dichoso bajo una era de Paz.

Su delirio le llevaba á muchos codos sobre la realidad; se olvidaba de que vivía en un ambiente en que él era un exotismo, una flor extraña nacida allí por un capricho de la suerte que juega con el destino de los hombres...

Cuando volvió á la realidad, después de aquel grato caminar de su imaginación por paisajes encantados y serenos, y se vió como siempre, al lado de Lucía, que le adoraba, sí, pero de lleno dentro del organismo social que quería ver transformado y antes destruído sobre sus bárbaros cimientos, vaciló, se reprochó íntimamente la ligereza de las alas de su pensar y, un instante, se entregó á ideas sombrías de desaliento.

—¿Qué piensas, chico? Te veo triste—preguntó jovial Lucía.

—¡No, quíá!—respondió, y volvió á ilu-

minar una sonrisa un poco melancólica la cara tonsa, expresiva de Ramón.

El florecer de una nueva vida henchía el vientre terso y magnífico de la novia del romántico. La cadera suave, blanda de línea, atmónica, anforal, de muchacha virgen, comenzaba á ensancharse bajo las ropas, á la vez que su rostro y sus ojos iban adquiriendo una expresión mayor de dulzura y de bondad. Cuando á Aguilares le reveló su sospecha, éste no reprimió un gesto jubiloso, y alzando á su novia como á una muñeca, la besó una y muchas veces. Al dejarla en el suelo, una lágrima de ternura surcó el nieve ambarado del rostro de la muchacha, y vino á fundirse en la mancha carminea de su boca. Ramón habíala mil veces hablado del amor, que libre y sin atenerse á mil trabas de la ley y de la religión, que profanan lo íntimo de un sentimiento por excelencia humano, cristaliza en un nuevo ser que viene á alegrar la vida de los enamorados, poniendo entre ellos un fuerte y grato vínculo,

y había compadecido á las mujeres que esconden como una vergüenza el fruto natural de un cariño impetuoso, no sancionado por la firma automática de un funcionario del Registro civil ó de un cura de parroquia. Por esto y por la confianza que le inspiraba Ramón, el anuncio de la Naturaleza que hizo saber á la novia su estado, ni siquiera la inquietó, antes, la regocijó serenamente.

Criarían el hijo, que no recibiría el remoción con que la Iglesia bendice á sus nuevas ovejas, le educarían en el Bien, sería su alegría y su orgullo de padres jóvenes avenidos, felices, y procurarían hacer de él un hombre; un hombre útil y un hombre bueno.

Cuando aquella tarde, acompañado de don Alfredo del Fustán, de Joaquín y de Cabanero, cruzó Ramón el pueblo para dar un paseo por el campo, ultimados todos los preparativos del mitin, que, definitivamente se celebraría aquella noche, flotaba por el ambiente como un vaho de tormenta. Nunca, desde que vivía en el pueblo, había visto más corrillos animados, había sufrido mayor chaparrón de preguntas de los atrevidos,

ni había conminado contra sí más miradas de curiosidad y de odio.

Don Adelardo, el cura, fuera de sí, había, en la misa de la mañana, al explicar el evangelio, amenazado con la crueldad de penas del infierno á cuantos aquella noche oyeran la palabra envenenada de los malos apóstoles; su pobre oratoria había rebuscado en todos los escondrijos la frase concisa, definitiva, que llevase el pánico á las congregadas ovejas de su fiel rebaño, y sólo consiguió atraer las lágrimas á los ojos quemados de las cuatro viejas que lloraban todos los días aun sin explicarse claramente las pláticas, y sólo porque una inveterada estupidez las llevaba á llorar fatalmente siempre que se les dirigía la palabra desde el altar, y llevar la curiosidad á los espíritus de las pocas personas que á aquella hora no tenían ya noticia de la proyectada reunión heterodoxa.

Ya estaba enterado todo el pueblo, y no se hablaba de otra cosa; la tertulia nocturna de casa de don Jerónimo habíase trasladado al casino, donde se rabiaba cordialmente, pues á última hora don Miguelito había te-

nido el rasgo liberal, afeado por el cónclave, de no poner trabas á la celebración del acto; no pudo averiguarse si por miedo ó por respeto á la doctrina constitucional, de la que era en aquel pueblo legítimo representante por el voto libre de la opinión.

A su vez, la conservadora acción femenina, tan necesaria en todos los pueblos, para bien de ellos y de su marcha orgánica y equilibrada, á campos de tranquilidad política y religiosa, y que, en el que nos ocupa, tenía tan distinguidos como preclaros miembros, en doña Blasa, la caciquesa, en doña Elvirita, la viuda piadosa y apetecible, y en la Sra. de La Cuesta, callada y seriota, ejercía su influencia, poderosa y fecunda, en el círculo de actividad, que ellas mismas se habían trazado, sin perjuicio de surpasarle, cuando los intereses encomendados á su vela lo demandaran, ó cuando sin demandarlo aquellos, su real, religiosa y caprichosa gana lo estimara conveniente.

Aquella tarde celebraba la asociación femenina de *San Vicente de Paul* su ordinario y semanal conventículo, con sección

escolar de doctrina para una veintena de criadas de servir y de hijas de familias pobres, de éstas á quienes las «señoras» «ayudaban» con el socorro frugal de un pan y libra y media de patatas hebdomadariamente.

Y en la sacristía de San Juan hacían su propaganda, por medios tan femeniles como prácticos «las señoras de la conferencia».

Las varas de percal barato, las peinas del mas ínfimo celuloide, atractivas y brillantes; los pendientes modestos; para las más avisadas y útiles á «las señoras», la novela tonta y pacata de la biblioteca de algún semanario católico; la promesa rosada del par de botinas de becerro, que se anunciaba á las veces, y nunca tenía positiva encarnación en el terreno de los hechos; todas éstas argucias del ingenio de las damas eran el estímulo que llevaba á la «escuela» la veintena de muchachas que, mientras se hartaban ó recibían la influencia rebelde de una amiga avispada, se veían los días festivos en grupo apartado de los risueños y ruidosos,

que formara la juventud algazarosa, en los paseos florecidos y en los salones de los bailes de organillo importado de la capital.

En la boca fresca de doña Elvirita fijó el ardor sectario la plática recriminatoria contra la reunión de aquella noche, y de sus ojos grandes y brillantes salía el rayo de la amenaza, entre ojeras denunciadoras de la crepuscularidad de una belleza y un buen ver, que se defendían gallardamente en los últimos baluartes del coqueteo.

—Cuidadito con que llegue á nosotras la noticia de que vuestros padres ó vuestros hermanos, en fin los hombres de vuestras casas, van á esa monstruosidad, ya que la permiten porque... ¡adiós «conferencia»!— y su mirada hermosa retó dominadora, cruel y femenina.

Luego doña Blasa y la secretaria, una joven marisabidilla con pujos literarios, de lentes doctorales é inquisitivos, cursi y ridícula, dijeron algo sobre lo mismo; asintió la señora de La Cuesta y otras que atisbaban desde la ventana celada y en penumbra la gente que discurría yendo y viniendo del mercado

que animaba un día, cada siete, la población callada de vida monótona y serena, y se levantó la sesión. Salieron las «alumnas».

En el pórtico charlaban sin risas como un corrillo de muchachas de donde hubiera huído el espíritu de la juventud espantado por algún conjuro fatal, macabro y medroso, cuando «las señoras» en un grupo negro de mantos largos borradores de formas acusadas poderosamente, y de curvas marchitadas maceadas por los años, irrumpieron aconsejando formalidad, y descendieron á la calle por los anchos escalones de piedra desgastada y verdinosa.

Los pocos cafés, las muchas tabernas, los comercios, los corros callejeros, los carros cargados de costales que congregaban en su altura grupos de forasteros reunidos para destrozarse la sólida merienda profusamente rociada con el rojo vinillo retozón y confortante, nutrían sus conversaciones de los más distintos comentarios, y juzgaban con el más opuesto sentido político el acto que se avecinaba.

Allí donde había personas venidas al mer-

cado y gentes del pueblo, aquellas sostenían el criterio de que una reunión de anarquistas y una reunión de desalmados, canallas y saqueadores, debían tener muchos puntos de común, y estas aun cuando no pensaran de modo muy diferente, se creían en el deber de ser más progresivas,—achaque de importancia local—aventuraban el juicio de que á ellos no les asustaban las ideas por radicales que fuesen, y que tenían curiosidad por oír explicarlas á Ramón, chico valiente, y á sus compañeros cuyas personalidades hasta el día anterior oscurecidas, habían tomado en pocas horas relieve y magnitud muy de considerar y aun hasta de envidiar si se prestaba.

En las tabernas se debatía de ese modo terco, necio, irrazonado é inconsciente que se llena de palabras sin sentido y hasta sin significación conocida, de gestos de inteligencia y de penetración cambiados entre los interlocutores que no se entienden entre sí, y que es tan peculiar de esos pueblos grandes, sin cultura, con mucha fe en la tradición, en la ley de la costumbre y en la gramática parda.

Cuando los cuatro camaradas llegaron más allá de la última tapia del pueblo, habían adquirido el convencimiento de que la reunión daría resultado. Aguilares se las prometía felicísimas vuelto á su anterior optimismo; Joaquín, menos confiado, no ocultaba sus temores de que cualquier cohartada les desluciera el acto; pero iba contento no obstante, y Cabanedo y don Alfredo del Fustán exteriorizaban su satisfacción, aquél impetuosa, casi brutalmente, poniendo toda su alma de hombre sencillo en su entusiasmo, y este discreto, plegando sus labios finos en una sonrisa suave que iluminaba todo su rostro noble y distinguido, aquel rostro hermosamente aristocrático que nunca se descomponía.

El piso principal de un café, á cuyo dueño se tocó en el flaco de su vanidad de hombre liberal muy avanzado y á quien no se ocultaba la perspectiva de vender aquella noche algunas docenas de cafés y tal cual copilla de cognac de extraordinario, pues era irre-

misible atravesar el establecimiento para tomar el caracol que conducía arriba, sirvió á Ramón y compañeros, de local apropiado para el mitin.

Habían dispuesto á un lado de la sala amplia, rectangular y bien iluminada electricamente, dos mesas unidas, cubiertas ambas por un mismo paño rojo que caía en airosa faldamenta hasta el suelo, y realizaba perfectamente la superchería de hacer suponer al espectador que se trataba de una sola mesa de muy considerables dimensiones; más adelante, próximamente metro y medio y á la derecha, otra menor también forrada de rojo y sosteniendo un vaso lleno de agua y una botella para el orador; y al lado de la primera donde había de acomodarse la comisión, varias sillas de enea.

Se pensó en colocar como para presidir el acto en la pared frontal alguna figura alegórica de la Anarquía, pero no hubo nadie que pudiera proporcionarla; alguien citó nombres de personalidades preeminentes del acratismo universal para sustituir aquella con retratos de estas, y Aguilares rechazó la

proposición que le parecía con algunos puntos de idolátrica. Las mesas, pues, y cuantos bancos y sillas de todas clases y manufacturas lograron reunirse constituyó lo que sin ningún inconveniente llamaremos el *ajuar* del mitin.

VIII

La sala estaba repleta; todas las sillas ocupadas, llenos los bancos, mucha gente en pie, abigarrada, anhelosa bajo una densa atmósfera de humo, como si el aire encalmado fuera adensándose plomizo hasta tomar consistencia, y amenazase con aplanar á toda aquella masa humana, proletaria en su mayoría, ávida de oír la voz de los nuevos predicadores de una religión desconocida.

Tomó asiento alrededor de la mesa la comisión, y al dirigirse al público Aguilares, que presidía, pasó por todas las médulas como un estremecimiento. El ala seductora de lo desconocido rozó todos los cerebros, poniendo allí anhelos y fes nuevas.

Ramón estaba transfigurado. Fluía de su boca un raudal sereno de palabras de amor; hablaba como un romántico y su lenguaje, si bello é inspirado porque era el lenguaje de la fe en unos labios artistas, no era sin embargo el más propio para traspasar aquellos cráneos duros, curtidos, de hombres avejentados cara á la tierra parda, exigente y regalona, de los pobres siervos del salario esclavos de la herramienta y poco cultos por el tirón ancestral de la taberna, de aquellos jornaleros embobados, como si oyeran una música grata, grata pero que no comprendían.

Después Ramón se sentó entre aplausos y concedió la palabra á Joaquín. Siguió el revuelo. Aquellos hombres que habían concurrido allí aguijoneados por la curiosidad y complacidos porque en ellos dormía un sentimiento que hablaba muy confusa y medrosamente de reivindicaciones, de derechos, de días futuros de revancha, y que ahora parecía incorporarse al agudo clarinazo de la llamada, se habían electrizado, y rugían como satisfechos de su poder al verse elo-

giados, instados, hecha la apología de su situación por la verba alada de los propagandistas.

Joaquín, al ócupar la mesita roja, retrotrajo su temperamento á pasadas épocas de fatalismo. La aglomeración de gente ávida de escuchar, propicia al aplauso, halagada en su condición de pobreza,—expoliación la llamaron allí,—lejos de poner en el orador tonos de serenidad, de entusiasmo, prodújole un efecto contrario. Habló de la mansedumbre de unos rebaños castrados para la lucha; dijo horrores de la autoridad y de todos los organismos de orden, y dos veces atrajo la atención del representante gubernativo que lo era un concejal cuya camisa no le llegaba al cuerpo, y que de vez en vez hablaba por lo bajo con la presidencia, no disimulando su turbación ni sus deseos de que aquello acabara en bien.

—La mujer—siguió hablando Joaquín—está alejada de nosotros por un abismo de ideas sórdidas y brutales; ya véis: en el salón éste donde debían haberse congregado todas nuestras compañeras, nuestras her-

manas y nuestras hijas para animarnos con su presencia y estimularnos á la pelea, no hay sino una mujer valerosa, emancipada de prejuicios porque ha sabido acercarse íntimamente al corazón de un hombre libre. Y todas las miradas se encontraron en el rostro de Lucía, extrañamente iluminado de una claridad azulada, como el de una figura que fuera allí un símbolo, algo intangible y etéreo que llevara al cónclave aquel de reivindicación y lucha por una idea para casi todos incompleta, confusa, pero ya adorada instintivamente la sutilidad, la belleza de todo aquello en que preside ó informa la delicadez del espíritu femenino.

Resonó un aplauso cerrado para la mujer, que era una nota de gracia en aquella reunión de hombres atezados, rudos y fuertes en su mayoría, y el orador la saludó en un período vibrante y pasionado.

El mitin adelantaba. Se había roto el hielo; reinaba gran entusiasmo en los oyentes y las más radicales afirmaciones de los oradores enardecidos, echando fuego por las pupilas desafiantes de un enemigo invisible

pero que ya todos presentían, eran coreados con ¡bravos! ¡bien! ¡duro! y otras exclamaciones análogas.

A Joaquín había seguido don Alfredo del Fustán, elegante de dicción, conciso, y sereno zahiriendo con frialdad pero acerbamente á la aristocracia, á los grandes acaparadores del dinero, ociosos é ignorantes.

La nobleza de la sangre, del blasón, tenía en el viejo hidalgo un enemigo decidido, tenaz é incansable. Indudablemente había en el espíritu del extraño personaje un rencor dormido proveniente de quien sabe que pretéritas épocas en que él bullía en un distinto medio social y lejos de este pueblo, donde ahora iba enterrando sus años entre ócios y sueños de un día futuro de venganzas, un rencor dormido que despertaba con frecuencia, vehemente é impetuoso.

Después había hablado Pradera y otro obrero anarquista trasladando en frase sin velos, ruda y clara, el dolor de las vidas proletarias, sentido intensamente, á sus labios contraídos en rictus de violencia y de amenaza.

Ramón comenzaba á hacer el resumen de los discursos, invitando á todos á que prestaran su ayuda á la labor de cultura y de difusión de las ideas allí preconizadas, cuando de las últimas filas salió una voz pidiendo descompuesta un turno de controversia. A un súbito silencio de todo el salón siguió otra voz ininteligible.

—¡Farsantes! ¡embusteros! — se oyó simultáneamente, y Aguilares dándose cuenta perfecta de la interrupción, intentó restablecer el orden.

Un chispazo azul, vertical y cegador descendió del techo sobre alguna cabeza. El salón quedó en tiniebla; salieron mil voces á la vez, y Cabanedo, —cruzado su cerebro por la idea de la cohartada temida del indecente capital, de las autoridades impotentes, medrosas—gritó iracundo hasta el rugido:

—¡Viva la Anarquía! ¡Viva la Anarquía!

Y los codazos, los atropellos, las pisadas, la lucha loca por conquistar los balcones, la puerta, en la sombra, fué épica y horrible. A las blasfemias de las mil bocas, á las imprecaciones, á los gritos de los de la mesa

que pedían serenidad, entre el crujido de algún banco descuajaringado ó el estremeciente craquear de una faca muellera que se abría, dominó seco y detonante el disparo repetido de un arma de fuego.

Un grito agudísimo subió de entre el tumulto surcante, agudo como una flecha.

—¡Lucía, nuestro hijo! — prorrumpió Aguilares.

El juzgado levantó del suelo siniestramente rojo de sangre, lleno de asientos desquiciados rotos, gravemente herido de bala, el corpachón de Cabanedos que cayó privado con un *¡viva la Anarquía!* á flor de labios, muchísimos contusos magullados, las manos sangrantes, y á Lucía agarrotada en un síncope que crispó sus miembros, las manos extendidas contra el vientre como en un supremo esfuerzo protector y defensivo de la vida que sentía forjarse en el profundo de su seno.